

Josemaría Escrivá: Peso y medida en todo, menos en el Amor

La figura de Josemaría Escrivá (Barbastro, 1902), que iba a ser canonizado el 6 de octubre, resulta conocida en sus datos esenciales: se ordenó sacerdote en 1925, fundó el Opus Dei en 1928, falleció en Roma en 1975 y fue beatificado por Juan Pablo II en 1992.

En su mensaje, que ha alcanzado resonancia universal, ocupa un lugar decisivo el sentido de la filiación divina: «Es preciso convencerse —escribía en *Camino*— de que Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. Y está como un Padre amoroso —a

cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando».

Enseñaba el nuevo santo que el conocimiento de su filiación divina —ser y saberse hijo de Dios— debe llevar al cristiano a contemplar «con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo».

El amor —amor a Dios y a los demás en Dios— fue la esencia y clave de su vida. «Señor: que tenga peso y medida en todo... menos en el Amor», se lee en un punto de *Camino* de clara raíz autobiográfica. Alentaba a amar a Dios sin desfallecer; a contemplarlo continuamente, en medio de todos los afanes de la existencia.

Concebía la misión apostólica del cristiano como una activa y eficaz participación en la misión redentora de Cristo en la Cruz y en la misión evangelizadora de la Iglesia: «Estamos, Señor, gustosamente en tu mano llagada. ¡Apriétanos fuerte!, ¡estrújanos!, ¡que



Josemaría Escrivá: Loco perdido, pero de amor a Dios

perdamos toda la miseria terrena!, ¡que nos purifiquemos, que nos encendamos, que nos sintamos empapados en tu Sangre! —Y luego, ¡lánzanos lejos!, lejos, con hambres de mies, a una siembra cada día más fecunda, por Amor a Ti».

Así le definía Sor Lucía, la vidente de Fátima: «Era un alma llena de amor a Nuestra Señora, a la Santa Iglesia, al Santo Padre y a las almas, a las que intentaba salvar por todos los medios a su alcance».

Una siembra de paz y de alegría

El amor fue también el «leiv motiv» de su predicación cristiana: «en todos los sitios donde una persona honrada puede vivir ¡ahí! tenemos nosotros aire para respirar; ¡ahí! debemos estar con nuestra alegría, con nuestra paz interior, con nuestro afán de llevar las almas a Cristo. ¿En qué sitios? ¿Dónde están los intelectuales?, donde están los intelectuales. ¿Dónde están los trabajadores que trabajan cosas manuales?, donde están los trabajadores que

trabajan cosas manuales. ¿Y cuál es mejor, de esos trabajos? Y os lo diré como todos los días os he dicho: es mejor aquel trabajo que se hace con más amor de Dios».

«El núcleo de su mensaje —comentaba el cardenal Nguyễn Van Thuân, recientemente fallecido— gira en torno a la santificación de la vida ordinaria a través del trabajo cotidiano. ¿Y dónde, si no es en la vida cotidiana, se debe construir un mundo de paz y de justicia? En el hogar, en la escuela, en la oficina, en el comercio, en el campo, es donde el cristiano debe testimoniar su fe y convertirse en un sembrador de paz y de alegría, como le gustaba decir al

fundador del Opus Dei. En cada uno de esos lugares debe configurar cristianamente el mundo: en la vida cotidiana, en las relaciones sociales, con la libertad de los hijos de Dios. «El mundo nos espera —escribía en *Surco*—. ¡Sí!, amamos apasionadamente este mundo porque Dios así nos lo ha enseñado: «*sic Deus dilexit mundum...*» —así Dios amó al mundo; y porque es el lugar de nuestro campo de batalla —una hermosísima guerra de caridad—, para que todos alcancemos la paz que Cristo ha venido a instaurar».

Las enseñanzas de San Josemaría, alentadoras y henchidas de esperanza cristiana, han vivificado la existencia de todo tipo de personas: laicos, sacerdotes y religiosos, católicos y no católicos; «aunque, indudablemente —precisa Javier Echevarría, prelado del Opus Dei— ha supuesto un despertador para los laicos, una llamada que les recuerda que están en el mundo para santificarlo desde dentro, poniendo la luz en la cumbre de las actividades humanas».

Al canonizarle, el Papa le propone como modelo para todo el Pueblo de Dios, porque en cada santo —en pala-

Editorial EDICE

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA



BIOÉTICA:
RECONOCIMIENTO
DE LA PERSONA

CEAS
Subcomisión Episcopal para la Familia
y Defensa de la Vida

BIOÉTICA: RECONOCIMIENTO DE LA PERSONA

El rápido crecimiento de la investigación científica en el campo de la bioética y la divulgación de la misma en la prensa necesita de una reflexión ética. ¿Todo lo que se puede hacer y experimentar, en el laboratorio o en la persona enferma, se debe hacer?

Objetivos fundamentales: Entrar en el diálogo entre ciencia y humanismo, y ayudar a la formación de Agentes de Pastoral de Familia y Vida, y de los diversos profesionales que trabajan en los Centros de Orientación Familiar.

La presente publicación recoge las importantes ponencias de biólogos, médicos, filósofos moralistas y juristas, y profesionales que trabajan en los Centros de Orientación Familiar y de Acogida a la Vida.

296 páginas
P.V.P.: 8,22 euros
(IVA YA INCLUIDO)

Pedidos en librerías religiosas o en:

Editorial EDICE

Añaastro, 1,
Teléf. 91 343 96 74. Fax 91 343 96 65
28033 MADRID

bras de Flavio Capucci, postulador de la Causa de Josemaría Escrivá— late toda la Iglesia. Lo que la comunidad cristiana reconoce en un nuevo santo no es la difusión de un determinado carisma, sino su identificación personal, su amor apasionado a Cristo; y esto hace que cualquier hombre sediento de Dios pueda encontrar en el santo cristiano respuestas e inspiración para su vida, aunque la mentalidad, las coordenadas históricas y la línea pastoral de ese santo sean muy diversas de la suya.

Rosas pequeñas

Para buscar a Dios —recordaba san Josemaría— no hace falta realizar acciones extraordinarias, que rara vez se presentan en la vida; sino cumplir, con amor y por amor, los deberes ordinarios de cada jornada.

Enseñó a vivir de este modo con su propio ejemplo. Supo empapar sus jornadas de amor a Dios en lo cotidiano; un amor cuajado de humildad y de deseo de servir a Dios, a la Iglesia y a los demás. Tuvo una profunda veneración por el Santo Padre: «Gracias, Dios mío —exclamaba— por el amor al Papa que has puesto en mi corazón».

En 1970 viajó a México para realizar un largo viaje de catequesis. Estuvo orando en voz alta ante la Virgen de Guadalupe, y las palabras que dijo en aquella ocasión desvelan algunos rasgos de su profunda humildad: «Señora nuestra, ahora te traigo —no tengo otra cosa— espinas, las que llevo en mi corazón; pero estoy seguro de que por Ti se convertirán en rosas... Haz que en nosotros, en nuestros corazones, cuajen a lo largo de todo el año rosas pequeñas, las de la vida ordinaria, corrientes, pero llenas del perfume del sacrificio y del amor. He dicho de intento rosas pequeñas, porque es lo que me va mejor, ya que en mi vida sólo he sabido ocuparme de cosas normales, corrientes, y, con frecuencia, ni siquiera las he sabido acabar; pero tengo la certeza de que en esa conducta habitual, en la de cada día, es donde tu Hijo y Tú me esperáis».

Ese amor, lleno de abandono y esperanza, le llevaba a emprender cada día, con ánimo renovado, su lucha

para servir mejor a Dios. Concebía la vida cristiana como un humilde comenzar y recomenzar. Esto explica su emoción cuando, durante un viaje de catequesis en Portugal, le regalaron una vieja sopera, usada y con lañas.

«Es una cosa vulgar —comentaba, abriendo su intimidad a los que le escuchaban—, pero a mí me encantó, porque se veía que la habían usado mucho y se había roto —debía ser de una familia numerosa— y le habían puesto bastantes lañas para seguir empleándola. Además, como adorno habían escrito, y se había quedado allí después de sacarla del horno: amo-te, amo-te, amo-te... Me pareció que aquella sopera era yo. Hice oración con aquel cacharro viejo, porque también yo me veo así: como la sopera de barro, rota y con lañas, y me gusta repetirle al Señor: con mis lañas, ¡te quiero tanto! Podemos amar al Señor también estando rotos, hijos míos».

André Frossard lo comparó con una célula fotoeléctrica: «La oración, la contemplación —decía el periodista francés, hablando de los santos— les aportan una luz que los transforman inmediatamente en amor... Todos los cristianos tendrían que estar hechos sobre ese patrón; pero no es lo habitual». Y concluía diciendo que el caso de Escrivá era «un ejemplo evidente de que todo en su manera de ser provenía de la oración». El escritor francés no se equivocó: era su amor de Dios lo que arrastraba. Porque San Josemaría no compuso sólo una hermosa teoría sobre la santificación en el mundo: se hizo santo viviéndola y ayudando a miles de almas a encarnarla en sus propias vidas. Supo vivir su vocación cristiana como una locura de amor.

Un muchacho brasileño le preguntó en São Paulo por el sentido de unas palabras recogidas en *Camino* en las que comparaba la vocación a la locura.

«—¿No has visto nunca nadie que esté loco? —le respondió San Josemaría—. ¡Mírame a mí! Hace muchos años decían de mí: ¡está loco! Tenían razón. Yo nunca he dicho que no estaba loco. Estoy loquito perdido, pero de amor de Dios».

En esta contestación, dio, sin pretenderlo, sintetizada, su autobiografía. ■

José Miguel Cejas